

vistiendo el antiguo traje aragonés; iban abrazados estrechamente, cara con cara, como si el uno quisiera respirar el aliento del otro, encendidos como dos amapolas y radiantes de alegría. Pasaban entre la multitud, lanzando á su alrededor miradas desdeñosas: más de mil ojos les seguían, acompañándoles un sordo murmullo de admiración y de envidia. Al salir del teatro esperé un momento para verles pasar, y después me fuí á la fonda solo y melancólico. Al día siguiente, al apuntar el alba, salía para Castilla la Vieja.

## III

## BURGOS

Para ir de Zaragoza á Burgos, capital de Castilla la Vieja, se recorre el valle del Ebro, atravesando una parte de Aragón y Navarra, hasta Miranda, ciudad situada en el camino de Francia que pasa por San Sebastián y Bayona.

El país está lleno de recuerdos históricos, monumentos, ruinas y nombres famosos: cada villa recuerda una batalla, cada provincia una guerra. En Tudela los franceses vencieron á Castaños; en Calahorra, Sertorio resistió á Pompeyo; en Navarrete, Enrique de Trastámara fué vencido por Pedro el Cruel. En Agoncillo vense vestigios de la ciudad de Egnon, ruinas de un acueducto romano en Alcanadre, y restos de un puente árabe en Logroño. La mente se fatiga con los recuerdos de tantos siglos y de tantos pueblos, y los ojos se cansan con la mente.

El aspecto de la campiña varía á cada momento. Se hallan junto á Zaragoza verdes y hermosos campos con algunas casas y sendas tortuosas, por las cuales se ven grupos de campesinos, envueltos en sus tapabocas ó mantas de diversos colores, cuando no algún carro ó alguna bestia de carga. Más lejos sólo se encuentran vastas y ondulantes llanuras desnudas, áridas, sin un árbol, sin un camino, y sólo de vez en cuando, y por un milagro se ve un pastor, una res, una cabaña,

ó alguna aldea cuyas casas de color de tierra son tan bajas, que se confunden con el suelo, dando una triste idea de la miseria y suciedad de aquellos lugares. El Ebro serpentea á lo largo del camino formando grandes curvas; y ora se encuentra tan cerca de la vía como si el tren fuera á sumergirse en sus aguas, ora lejano como una cinta de plata, que aparece y se oculta entre las sinuosidades del terreno, y los céspedes de sus orillas. A lo lejos se ve una cadena de montañas azules, y más allá las blancas cimas de los Pirineos. Junto á Tudela se descubre el canal; pasado Castejón la campiña reverdece, y poco á poco las áridas llanuras alternan con los olivares, y alguna franja verde rompe aquí y allá el amarillo antipático de los incultos campos. En las cimas de las lejanas colinas se ven las ruinas de enormes castillos, rematados en torres truncadas y hendidas, parecidas á los brazos mutilados de postrados gigantes que amenazan todavía.

Compré un diario en cada estación de la vía férrea, de modo que antes de llegar á la mitad del camino, tenía un monte de periódicos de Madrid y Aragón, grandes y pequeños, negros y rojos; pero ninguno desgraciadamente, amigo de D. Amadeo, y digo desgraciadamente, porque á leer periódicos, era cuestión de volver la espalda á Madrid, y marcharse á casa. De la primera á la última línea estaban llenos de injurias, imprecaciones y amenazas contra Italia, contra nuestro rey, contra nuestros ministros y contra nuestro ejército, basado todo en los rumores esparcidos entonces de que Italia y Alemania se unían para echarse sobre Francia y España, con el intento de destruir el Catolicismo, enemigo eterno de aquellas dos naciones, y colocar en el trono de San Luis al duque de Génova, asegurando de este modo al duque de Aosta la corona de Felipe II. Amenazas en el artículo de fondo, en el apéndice, en la gaceta: en verso, en prosa, en los dibujos, en largas cartas, con líneas de puntos suspensivos; diálogos entre padre é hijo, uno en Roma, el otro

en Madrid, preguntando éste: «¿Qué debo hacer?» y contestando aquél: «¡Fusila!» Y de vez en cuando un «¡Ya vienen!» pero estamos dispuestos á demostrar que nuestra patria es todavía la España de 1808. No inspiran miedo á los vencedores de los ejércitos napoleónicos ni los hocicos de los huanos del emperador Guillermo, ni la fama de los «bersaglieri» del rey Víctor Manuel. —Y designaban al rey Amadeo con el calificativo de «pobre muchacho», diciendo del ejército italiano que era un ejército de bailarines y cantantes; los italianos de España invitados á marcharse con la advertencia poco delicada de «¡Italianos al tren!» y en una palabra, cuanto sea dable imaginar. Confieso ingenuamente que de momento estuve indeciso: imaginé que en Madrid, los italianos debían ser degollados por las calles; me acordé de la carta recibida en Génova: preguntábame si aquel: «¡Italianos al tren!» no era como un consejo digno de ser meditado seriamente; miraba con recelo á los viajeros que entraban en el vagón, y á los empleados de la vía, y me parecía que al verme todos dirían: «Ese es un emisario italiano; ¡que vaya á hacer compañía al general Prim!»

Al acercarse á Miranda entra la vía en una región montañosa, variada y pintoresca; á cualquier parte que se vuelvan los ojos y hasta donde alcanza la mirada, no se ven más que rocas parduscas parecidas á un mar petrificado en el momento de una tempestad.

Es un país lleno de salvaje belleza, solitario como un desierto y silencioso como frío ventisquero, que hace concebir la idea de un planeta deshabitado, causando al propio tiempo un sentimiento de miedo y de tristeza. El tren pasa por entre dos murallas de rocas puntiagudas, crestadas, cortadas en todos sentidos y bajo todas las formas, cual si en ellas hubieran trabajado hordas de canteros furiosos, en lucha con ellos mismos,

por ver quien dejaba en las rocas las huellas más caprichosas. La vía sale después á una vasta llanura plantada de álamos, apareciendo Miranda del Ebro.

La estación se halla muy lejos de la ciudad, tuve que esperar en el café, hasta la noche, el tren de Madrid. Durante tres horas no tuve más compañía, que dos guardias de aduanas, llamados en España carabineros; vestidos con severo uniforme, con daga, pistolas y carabina á la bandolera. En cada estación se encuentran dos; la primera vez, cuando vi aparecer ante las ventanillas del coche los cañones de sus carabinas, figuréme que iban á detener á alguien, y tal vez... La verdad, que instintivamente eché mano al pasaporte. Son gallardos, valientes y corteses, y el viajero que espera puede pasar el rato agradablemente con ellos, hablando de los carlistas y del contrabando, como hice yo con gran provecho de mi fraseología española. Al anoecer, entró un hijo de Miranda, hombre de unos cincuenta años, empleado, alegre, hablador, y dejé á los carabineros para juntarme con él. Fué el primer español que me habló profundamente de política. Le rogué que me descifrara ese embrollado enigma de los partidos, cuya solución no había encontrado todavía, lo que hizo gustoso, dándome la deseada solución.

—Pocas palabras bastarán—empezó diciendo;—he aquí el estado actual de las cosas: Existen en España cinco partidos principales: el absolutista, el moderado, el conservador, el radical y el republicano. El absolutista, se divide en dos: carlista puro, y carlista disidente. El partido moderado, también en dos: uno quiere á Isabel II, y el otro á don Alfonso. El partido conservador en cuatro, y estadme atento: los canovistas, capitaneados por Cánovas del Castillo; los exmontpensieristas, capitaneados por Ríos Rosas; los «fronterizos», á cuyo frente se halla el general Serrano, y los progresistas históricos, dirigidos por Sagasta. El partido radical, en cuatro: los demócra-

tas progresistas, cuyo jefe es Zorrilla; los «cimbríos», cuya cabeza es Martos; los demócratas inspirados por Rivero, y los economistas por Rodríguez. El partido republicano, en tres: los unitarios, dirigidos por García Ruiz; los federales, por Figueras; y los socialistas, por Garrido. Pero los socialistas se subdividen en dos: socialistas con la «Internacional» y socialistas sin la «Internacional». En junto, dieciséis partidos. Pero estos dieciséis partidos se subdividen todavía. Martos quiere constituir un partido exclusivamente suyo; Candau, otro; Moret, lo mismo; y Ríos Rosas, Pi y Margall y Castelar, tira cada uno de la manta, preparándose un partido propio. Son, por lo tanto, veintidós partidos, en parte formados, y en parte constituyéndose; añadid el partido de la república con don Amadeo presidente; los partidarios de la reina que quisieran hacer la zancadilla á don Amadeo, los de la monarquía de Espartero, de la de Montpensier; los republicanos á condición de que no se abandone Cuba; los republicanos á condición de que se abandone; los que no han renunciado todavía al príncipe Hohenzollern; los que desean la unión con Portugal; y todos esos nuevos elementos, formaréis un total de treinta partidos. Queriendo alambicar un poco se podrían hallar algunos más; pero es mejor que tengáis una idea clara de las cosas. Sagasta se apoya en los unionistas; Serrano se hallaría dispuesto á buscar un apoyo en los moderados; los moderados, á veces, harían liga común con los absolutistas, los cuales, interinamente, dan la mano á los republicanos, que se unen con una parte de los radicales para echar á rodar el ministerio Sagasta, demasiado conservador para los progresistas democráticos, harto liberal para los unionistas que temen á los federales, mientras éstos no tienen á la vez gran fe en los radicales que fluctúan, sin cesar, entre los demócratas y los sagastinos. ¿Qué tal? ¿Resulta clara la cosa?

—¡Como un cristal!—contesté espantado.

Del viaje de Miranda á Burgos, me acuerdo como si fuera la página de un libro, leída en la cama, cuando los ojos empiezan á cerrarse y á languidecer la luz de la bujía; me moría de sueño. Un vecino me tocaba de vez en cuando para que mirase al exterior. Era una noche serena con una luna espléndida. Cuando me asomé á la ventanilla, vi en ambos lados del camino, rocas enormes en forma fantástica, tan cercanas, que parecía iban á caer sobre el tren, blancas como el mármol, y tan claras y determinadas, que se hubieran podido dibujar todas sus puntas, todas sus asperezas y cavidades, como á la luz del sol.

—Nos hallamos en Pancorbo—me decía mi vecino;—allá, en aquella altura, había una magnífica fortaleza que los franceses destruyeron en 1813.

Esto es Briviesca; aquí Juan I de Castilla reunió á los Estados generales, que otorgaron el título de príncipe de Asturias al heredero de la Corona. Mire usted el monte de la Brújula que llega á las estrellas.

Era uno de esos infatigables «ciceroni» que hablarían hasta con los paraguas; y diciéndome siempre «mire usted», me tocaba del lado donde precisamente tenía el bolsillo.

Llegamos por fin á Burgos; mi vecino desapareció sin saludarme, y yo me hice conducir á una fonda. Cuando iba á pagar al cochero, noté que me faltaba un pequeño portamonedas que tenía la costumbre de llevar en uno los bolsillos del gabán. Me acordé de los Estados generales de Briviesca, conformándome con un filósófico:—«¡Me está bien empleado!»—en lugar de desahogarme gritando, como hacen muchos:—«¡Pero por Dios! ¡en qué país me encuentro! ¡qué nación es ésta!»—como si en todos los países no se hallaran personas sumamente diestras, que os

roban la bolsa sin tener la cortesía de daros una noticia histórica ó una indicación geográfica.

La fonda donde paré se hallaba servida por mujeres, como casi todas las fondas de Castilla. Eran siete ú ocho muchachas rollizas y musculosas, que iban y venían de allí para allá, llevando en brazos colchones y lienzos, echando el cuerpo hacia atrás en actitud atlética, coloradas, jadeantes; pero sonriendo de tal modo, que daba alegría verlas.

Una fonda servida por mujeres vale mucho más que los hoteles ordinarios; en ellas el viajero se encuentra menos extranjero, y descansa con el corazón más tranquilo, porque las mujeres dan á tales establecimientos un aire de casa ó de familia que hace que uno olvide por completo la soledad en que se encuentra. Son más previsoras que los hombres; saben que el viajero se halla propenso á la melancolía, y no parece sino que procuran apartarla; hablan y ríen con una mirada confidencialmente, como queriendo indicar que estáis en familia y en terreno seguro. Tienen un no sé qué de amas de gobierno que no sirven por oficio, sino por el gusto de ser útiles; os cosen los botones con cierta protección, os quitan el cepillo de las manos con un movimiento gracioso, como diciendo:—Déme usted acá, que no sirve para nada;—os dicen:—«¡Oh, pobrecito!»—si volvéis llenos de barro; al daros las buenas noches, os recomiendan que procuréis no dormir con la cabeza baja, y por la mañana, cuando entren el café, os dirán afectuosamente:—Quietas esas manos, señorito, que esto no está bien.—Una se llama «Beatriz», la otra «Carmelita», la de después, «Amparo»; bellas todas, con aquella poderosa hermosura montañesa que hace exclamar con voz de bajo:—¡Vaya un peso de sesenta kilos bien aprovechado!»—Cuando corrían por los corredores, temblaba toda la casa.

Al día siguiente, á la salida del sol, Amparo me gritó al oído:—«¡Caballero!»—Un cuarto de hora después, ya me hallaba en la calle.

Burgos se halla situada á la falda de una montaña, sobre la orilla derecha del Arlanzón. Es una ciudad irregular, de calles estrechas y tortuosas, con escasos edificios notables, y la mayor parte de las casas no se remontan más allá del siglo xvii. Pero tiene una cualidad que la hace curiosa y original: ofrece la diversidad de colores abigarrados de esos teatros de «marionettes», con los cuales los pintores quieren lograr la admiración y el aplauso de las criadas de la platea. Parece una ciudad pintada expresamente para una fiesta de Carnaval, con el intento de blanquearla después.

Las casas son azules, verdes, coloradas, cenicientas, con adornos y perfiles de otros mil colores; y todo es en ellas de color distinto; puertas, ventanas, barandillas, rejas, cornisas, relieves, cartelas. Las calles parecen adornadas para una fiesta; á cada instante os sorprende una nueva perspectiva, y no parece sino que los colores sostienen entre sí una lucha desesperada por conquistar vuestras miradas. En verdad que todo aquello mueve, porque se ven colores nunca vistos en las paredes: verde, encarnado, rojo; de salsa, de pastillaje, de ropas de baile. Si hubiera en Burgos un manicomio de pintores, se podría decir que éstos habían pintado la ciudad á su antojo un día que escaparon del establecimiento.

Hacen más gracioso el aspecto de la ciudad las ventanas que tienen delante una especie de balcón cubierto, cerrado por la parte delantera con una ancha vidriera, como un escaparate de museo. Hay uno en cada piso por lo menos, el superior apoyado en el inferior, y el más bajo, en la vidriera de la tienda, de tal modo, que desde el suelo, hasta arriba, parecen un solo escaparate de una tienda enorme. A través de los cristales de cada piso, se ven, como en exposición permanente, caras de muchachos y niños, flores, paisajes y figuras de papel de Francia, cortinas bordadas, blondas y arabescos.

Nunca hubiera podido imaginar, á no saberlo, que una ciudad de tal modo fabricada, pudiese

ser la capital de Castilla la Vieja, cuyos habitantes gozan fama de graves y austeros. Mejor hubiera creído que era una ciudad de la alegre Andalucía; pensaba ver una matrona meditabunda, y me hallé con una graciosa mascarita.

Después de dar dos ó tres vueltas, salí á una plaza, llamada Plaza Mayor, ó Plaza de la Constitución, rodeada de casas de color de granada, con pórticos, y en el centro de la misma la estatua de bronce de Carlos III.

Ni tiempo había tenido de mirarla, cuando un chiquillo, embozado en una capa derrotada, arrastrando dos grandes zapatos y agitando al aire un periódico, me salió al encuentro.

—¿Quiere usted «El Imparcial», caballero?

—No.

—¿Quiere el primer premio de la lotería de Madrid?

—Tampoco.

—¿Quiere cigarrros de contrabando?

—Menos aun.

—¿Quiere?...

—¡Qué! vamos á ver.

El chiquillo se rascó la cabeza.

—¿Quiere usted ver los restos del Cid?

—¡Sopla! ¡y no es pequeño el salto que digamos! pero no importa, vamos á ver los restos del Cid.

Fuimos al palacio municipal. Una vieja portera nos hizo atravesar tres ó cuatro pequeñas estancias, hasta que llegamos á una sala donde nos paramos los tres.

—Aquí están los restos—dijo aquella mujer, mostrándome una especie de cesto colocado sobre un pedestal que se levanta en mitad de la sala.

Me acerqué, la mujer levantó la tapa, y miré dentro.

Había dos divisiones, en el fondo de las cuales se veían algunos huesos revueltos que parecían pedazos de muebles viejos.

—Estos—dijo la portera,—son los huesos del Cid, y aquellos los de Jimena, su esposa.

Tomé de él una tibia, y una costilla de ella; contemplé aquellos huesos un buen rato, dándoles cien vueltas en mis manos; pero no pudiendo representarme la fisonomía del marido ni de la mujer, los eché al cesto.

La mujer entonces me enseñó un escabel de madera, medio roto, apoyado en la pared, y una inscripción que decía ser aquel el asiento en el cual se sentaron los primeros jueces de Castilla. «Nunius Rasura» y «Calvoque Lainus», tatarabuelos del Cid, lo que significa que aquel precioso mueble hace la friolera de novecientos años que se encuentra allí. En este momento lo tengo ante los ojos, dibujado en mi cuaderno, y aun me parece oír que la buena mujer me pregunta:

—¿Es usted pintor?—metiéndose el lápiz por los ojos con el afán de contemplar mi trabajo.

En la estancia vecina me mostró un brasero tan antiguo como el escabel, y dos retratos, uno del Cid y otro de Fernán González, primer conde de Castilla, ambos tan confusos y borrosos que daban tan acabada idea de las imágenes representadas, como la tibia y la costilla de que acabo de hablar.

Del palacio municipal fui llevado á una plaza á orillas del Arlanzón, plaza con jardines, fuentes y estatuas, circuida de graciosos edificios nuevos. Al otro lado del río se encuentra el arrabal de la Vega; más allá las áridas colinas que dominan la ciudad; en un extremo de la plaza la puerta monumental de Santa María, levantada en honor de Carlos V, adornada con las estatuas del Cid, de Fernán González y del emperador. Al otro lado de la puerta, aparecen las majestuosas agujas de la Catedral.

Llovía y me hallaba solo y sin paraguas en mitad de la plaza; levanté los ojos, los fijé en una ventana, y vi una mujer, que me pareció una criada, que me estaba contemplando, cual si dijera:

—¿Quién será aquel loco?

Cogido de improviso quedé un momento per-

plejo; pero luego, haciéndome el indiferente, fuíme hacia la Catedral por el camino más corto.

La Catedral de Burgos es uno de los más grandes, ricos y hermosos monumentos de la cristiandad. Diez veces he escrito al empezar la página estas palabras, y otras tantas me ha faltado valor para seguir adelante, tan inepto y mezquino me reconozco al comparar la fuerza de mi inteligencia con la dificultad de la descripción.

Tiene la fachada en una pequeña plaza, desde la cual se puede abarcar con la mirada gran parte del edificio, cual vista impiden por los demás lados, calles estrechas y tortuosas. De todos los puntos de la inmensa tuchembre, se levantan agujas ligeras y graciosas, sobrecargadas de adornos de color calizo obscuro, que sobresalen de los más altos edificios de la ciudad. Por la parte delantera, á derecha é izquierda de la fachada, surgen dos torres ó agujas llenas de esculturas desde la base hasta la cima, perforadas, cinceladas, bordadas, por así decirlo, con gracia y delicadeza encantadoras. Más allá, á eso de la mitad de la iglesia, se levanta otra torre riquísima, llena también de relieves y de frisos. Y en la fachada, en los campanarios, en los pisos, bajo todos los arcos, en todas partes, una innumerable multitud de estatuas de ángeles, de mártires, de guerreros, de príncipes, inmóviles, en actitud digna y seria, las cuales, destacándose perfectamente del edificio, tienen tal apariencia de vida, que parecen una legión celeste que custodia el edificio. Cuando se tiende otra vez la vista por la fachada, desde la base hasta la punta de las agujas exteriores, abrazando poco á poco aquel conjunto armónico de líneas y colores, se experimenta una sensación dulcísima como si se oyera una música que pasara gradualmente de las notas sencillas de una plegaria, al éxtasis de una inspiración sublime. Antes de penetrar en el templo, vuestra imaginación se halla exaltada, y como fuera de la tierra.

Entráis. El primer impulso que sentís es un

imprevisto ardor religioso si tenéis fe, ó un deseo del alma hacia la fe, si ésta os falta.

Parece imposible que aquella inmensa mole de piedra sea una obra vana de la superstición de los hombres; ¡oh, no! aquella fábrica colosal afirma, prueba, ordena alguna cosa. Allí sentís como una voz sobrehumana que os grita:—«¡Existo!»—voz que os eleva y aterroriza á un tiempo, como una promesa y una amenaza, como un rayo de sol, ó el estallido del trueno.

Antes de empezar á mirar, experimentáis el deseo de hacer revivir en vuestro corazón las chispas moribundas del amor divino, y os humilla sentiros extraños ante aquel milagro de ardimiento, de genio, de trabajo. El «no» resuena en el fondo de vuestra alma, se apaga como un gemido, vencido por el «sí» que retumba formidable sobre vuestra cabeza.

Primero volvéis miedosos la mirada alrededor, buscando los últimos términos del edificio que el coro y los enormes pilares esconden á vuestros ojos; después, vuestra mirada se lanza á contemplar las columnas y arcos altísimos, y recorre rápida aquellas infinitas líneas que se persiguen, y se cruzan, y se armonizaban como rayos de luz en el espacio inmenso de aquellas bóvedas. Y goza entonces vuestra alma con aquella afanosa admiración, como si todas aquellas líneas saliesen de vuestra mente inspirada en el mismo instante que las recorréis con los ojos. Después experimentáis de golpe como desfallecimiento y tristeza, porque comprendéis que no os bastará el talento á comprender, y la memoria á retener las innumerables maravillas que os sorprenden á cada paso, juntas, amontonadas, deslumbradoras, que antes parecen salidas de la mano de Dios, como una segunda creación, que de la mano del hombre.

La iglesia pertenece al orden llamado gótico, de la época del Renacimiento; fórmanla tres naves, divididas por una cuarta nave, que separa el coro del altar mayor. En el espacio comprendido entre el altar y el coro, se levanta una cúpula for-

mada por la torre que se ve desde la plaza. Miráis hacia arriba, y os quedáis más de quince minutos con la boca abierta; tal es la abundancia de relieves, estatuas, ventanales, columnas, arabescos, arcos, esculturas aéreas, armonizado todo con dibujo grandioso y espléndido, cuya primera vista produce miedo y hace sonreír, como la explosión súbita é inesperada de un inmenso castillo de fuegos de artificio. Mil vagas imágenes del paraíso, que alegraron nuestros sueños infantiles, surgen todas juntas de la imaginación extática, y volando hacia arriba, como nube de mariposas, van á posarse sobre los miles de relieves de la altísima bóveda, y allí giran, se confunden, y vuestra mirada las sigue como si existieran realmente, y el corazón os late, y se escapa un suspiro de vuestro pecho.

Si de la cúpula volvéis la mirada en torno, se ofrece á vuestros ojos un espectáculo más admirable aun. Por su capacidad, variedad y riqueza, las capillas son otras tantas iglesias. En cada una se halla enterrado un príncipe, un obispo, un grande; la tumba se halla en medio, y tendida sobre ella la estatua del difunto con la cabeza apoyada en un almohadón, y las manos juntas. Allí se ven los sacerdotes vestidos con sus hábitos más ricos, los príncipes con sus armaduras, las mujeres con su traje de fiesta. Todas estas tumbas se hallan cubiertas con un ancho lienzo que pende por un lado y que, adaptándose á los angulosos relieves de las estatuas, no parece sino que realmente cubra los rígidos miembros de un cuerpo humano.

A cualquier parte que uno vuelva la vista, ve á lo lejos, entre las desmedidas pilastras y tras las ricas balaustradas, á la incierta luz que baja de las altísimas ventanas, aquellos mausoleos, aquellos lienzos fúnebres, aquellos rígidos perfiles de los cadáveres. Acercándose á las capillas, se queda uno turbado ante la profusión de esculturas, mármoles, y de oro que adorna paredes, las bóvedas, los altares. Cada capilla encierra un ejér-

cito de ángeles y santos esculpidos en el mármol, en la madera, pintados, dorados, vestidos. En cualquier punto del pavimento que se detenga vuestra mirada, es atraída hacia arriba de relieve en relieve, de nicho en nicho, de arabesco en arabesco, de pintura en pintura, hasta la bóveda, y de la bóveda descende hasta el suelo por otra cadena de esculturas y lienzos pintados.

Por do quiera hallaréis ojos que os miran, manos que os hacen señas, cabecitas de querubines que os sonríen, colgaduras que se agitan, nubes que se elevan, soles de cristal que resplandecen; una variedad inmensa de formas, de colores, de reflejos, que os deslumbran y confunden.

No bastaría un libro á describir todas las obras de escultura y pintura que se hallan esparcidas en esta inmensa catedral. En la sacristía de la capilla del Condestable de Castilla hay una bellísima Magdalena atribuída á Leonardo de Vinci; en la capilla de la Presentación una Virgen que suponen pintada por Miguel Angel, y en otra, una Sacra Familia atribuída á Andrea del Sarto. De fiijo que no es conocido el autor de ninguno de los tres cuadros; pero cuando corrieron la cortina que los cubría, y oí proferir con voz respetuosa aquellos nombres, sentí un escalofrío de pies á cabeza. Experimenté por primera vez con toda su fuerza aquel sentimiento de gratitud que debemos á los grandes artistas que hicieron respetado y querido de todo el mundo el nombre de Italia; comprendí por la primera vez que no sólo son ilustradores, sino también bienhechores de su patria; y les admiran y respetan, no ya los que tengan inteligencia capaz de comprenderles y admirarles, sino hasta aquellos que ciegos á sus obras, les ignoran y no se preocupan de su existencia.

Porque quien no tenga sentimiento de lo bello, tendrá por lo menos orgullo nacional; y si éste también le falta, no carecerá seguramente de amor propio para gozar en lo profundo de su alma cuando oiga decir, aunque sea de labios de un

sacristán:—¡Nació en Italia...!—sonriéndose complacido! De aquella sonrisa y de aquel placer, es deudor á los grandes hombres que nada significaban para él antes de pasar los límites de su país. Aquellos gloriosos nombres le acompañan y protegen, donde quiera que vaya, como inseparables amigos; por ellos se cree menos extraño entre los extraños; y esparcen sobre su cabeza un luminoso reflejo de su gloria. ¡Cuántas sonrisas, cuántos apretones de manos de gente extraña, cuántas palabras corteses de personas desconocidas, debemos á Rafael, Miguel Angel, Ariosto y Rosini!

El que quiera ver en un solo día la Catedral de Burgos, ha de pasar á la carrera por delante de todas sus obras. La puerta esculturada que da al claustro, tiene fama de ser, después de la puerta del Babilisterio de Florencia, la más hermosa del mundo. Detrás del altar mayor hay un magnífico bajo-relieve de Felipe de Borgoña, representando la pasión de Cristo, ante cuya composición se diría que la vida de un solo hombre no ha podido bastar para llevarla á cabo. El coro es un verdadero museo de esculturas, de una riqueza inmensa. El claustro está lleno de tumbas con sus estatuas yacentes, y alrededor una profusión inmensa de bajo-relieves. En la capilla, en el coro, en la sala de la sacristía, por todas partes, cuadros de los grandes artistas españoles, estatuas, columnas, adornos. El altar mayor, el órgano, la puerta, la escalera, las verjas, todo es allí tan grande y magnífico, que causa á un tiempo admiración é incredulidad.

Pero ¿á qué amontonar palabras? ¿Podría acaso darse idea de todo lo más minuciosa y fiel descripción? ¿Después de haber escrito una página entera para cada cuadro, para cada estatua, para cada bajo-relieve, podría tal vez transmitir al alma de los demás, ni por un instante tan sólo, la sensación que yo experimenté?

Se me acercó un sacristán, y murmurándome al oído, cual si me revelara un secreto, me dijo:

—¿Quiere usted ver el Cristo?

—¿Cuál?

—Pues ¿cuál ha de ser? ¡El famoso Cristo!

El famoso Cristo de la Catedral de Burgos, que vierte sangre todos los viernes, merece especial mención.

El sacristán os hace entrar en una capilla misteriosa, cierra las ventanas, enciende dos cirios del altar, tira de un cordón, se descorre una cortina y aparece el Cristo. El que á su vista no eche á correr, es un valiente; un cadáver real y verdadero, pendiente de la cruz, no os causaría más horror. No es una estatua de madera pintada como los demás Cristos: tiene cabellos, cejas, pestañas, barba de verdadero pelo. La cabellera empapada en sangre, y sangrientos el pecho, las piernas y las manos. Las llagas son verdaderas llagas, y todo, el color de la piel, la contracción del rostro, la actitud, la mirada, todo es horriblemente real. Diríais que al tocarlos, se ha de sentir el estremecimiento de los miembros y el calor de la sangre. Os parece que sus labios se mueven para exhalar un lamento. No podéis permanecer allí mucho rato, á pesar vuestro volvéis la cara, y le decís al sacristán:

—¡Lo he visto ya!

Después del Cristo, hay que ver el cofre del Cid. Es un cofre agrietado y carcomido, que cuelga de una pared de una sala de la sacristía. Cuenta la tradición que el Cid llevaba este cofre consigo en las guerras contra los moros, y que servía de altar á los sacerdotes para celebrar el sacrificio de la misa.

Un día, hallándose con los bolsillos vacíos, el invencible guerrero llenó el cofre de piedras y de hierro viejo, lo presentó á un usurero judío, y le dijo:

—El Cid necesita dinero. Podría vender sus tesoros; pero no quiere. Dadle el dinero que necesita y os lo devolverá dentro de un plazo breve con el interés de un noventa y nueve por ciento. En el ínterin os deja en prenda este cofre precioso

que encierra toda su fortuna; pero con la condición de que habéis de jurar no abrirlo antes de que os haya restituido el dinero, porque guarda un secreto que sólo Dios y él pueden conocer. Decidid.

Sea que los usureros de entonces tuvieran más confianza que los de hoy en los oficiales del ejército, ó sea tal vez que tuvieran un natural más alegre, lo cierto es que el usurero aceptó aquellas proposiciones, prestó juramento y entregó el dinero. Si el Cid cumplió luego su palabra, lo ignoro, como ignoro también si el usurero le armó camorra. Sólo sé que el cofre se encuentra allí actualmente, y que el sacristán os cuenta riendo aquella anécdota, sin sospechar ni por asomo que la que os refiere sea una añagaza de pícaro redomado, más que una broma ingeniosa de un caballero ocurrente.

Antes de salir de la Catedral es necesario hacerse referir por un sacristán la famosa leyenda del Papa-moscas.

El Papa-moscas es un muñeco de tamaño natural, metido en la caja del reloj que se halla encima la puerta, y en la parte interior de la iglesia.

En otros tiempos, como los célebres muñecos del reloj de Viena, al sonar las horas salía de su escondite, y á cada campanada soltaba un grito acompañado de un gesto extravagante. Las grandes risas y el alborozo de los muchachos burgaleses turbaban las funciones religiosas, y un obispo, para poner fin y término al escándalo, hizo cortar no sé qué nervio al fanteche, y desde entonces permanece inmóvil y mudo.

No por ello dejó de hablarse en Burgos, en España y fuera de ella de los hechos del Papa-moscas.

Este fanteche fué una hechura de Enrique III, y de aquí deriva su importancia. La historia es muy curiosa. Enrique III, el rey de las aventuras caballerescas, que un día vendió las sábanas para poder comer, solía ir todos los días de incógnito á rezar en la Catedral.

Una mañana se cruzaron sus miradas con las de una joven que rezaba ante el sepulcro de Fernán González; aquellas miradas se anudaron, como diría Teófilo Gauthier. La joven se ruborizó, y al salir de la iglesia, el rey la fué siguiendo hasta dejarla en su propia casa. Por espacio de muchos días se encontraron en el mismo sitio y á la misma hora, expresándose con miradas y sonrisas la simpatía y el amor que germinaba en sus pechos; el rey seguía después sus pasos acompañándola á su morada, como la vez primera; pero sin decirle nunca una palabra, y sin que ella manifestara deseos de que se la dijera.

Una mañana, al salir de la iglesia, la hermosa desconocida dejó caer el pañuelo; el rey lo recoge y lo esconde en su pecho, y le entrega el suyo. La hermosa mujer lo toma y desaparece, enjugándose las lágrimas. Desde aquel día don Enrique no la vió más.

Un año después, habiéndose el rey perdido en un bosque, fué acosado por seis hambrientos lobos. Después de prolongada lucha pudo deshacerse, con la espada, de tres de aquellas fieras; pero ya le faltaban las fuerzas é irremisiblemente iba á ser presa de las demás. En aquel punto oyó un disparo y un extraño grito, que hicieron huír á los tres lobos; volvió la cara, y vió á una mujer misteriosa que le miraba con los ojos fijos, sin poder proferir una palabra; los músculos de su rostro estaban contraídos de una manera horrible, y de vez en cuando lanzaba de su pecho un hondo lamento.

Cuando volvió en sí de su estupor, el rey reconoció en aquella mujer á la joven de la Catedral. Dió un grito de alegría, y se abalanzó hacia ella para abrazarla; pero la joven le detuvo, exclamando con divina sonrisa:

—Amé la historia del Cid y de Fernán González, porque mi corazón ama todo lo noble y generoso; por esto te amé á ti también. El deber me ha impedido consagrarte este amor que hu-

biera sido la felicidad de toda mi vida. Acepta el sacrificio...

Al decir esto, dió con su cuerpo en tierra sin terminar la frase, oprimiendo contra su corazón el pañuelo del rey.

Un año más tarde el Papa-moscas salía por vez primera de la caja del reloj anunciando las horas. El rey lo había hecho construir, con el objeto de honrar la memoria de la mujer que había amado. El grito del Papa-moscas recordaba al rey el grito que profirió aquella mujer en el bosque para espantar á los lobos. Añade la historia, que el rey quería que el Papa-moscas repitiera también las palabras amorosas de la bella desconocida; pero el artista moro que construyó el autó-mata, después de esfuerzos inauditos se declaró incapaz de satisfacer los deseos del piadoso monarca.

Oída esta historia, di todavía una vuelta por la Catedral, pensando con tristeza que no la vería más; que dentro de poco tan maravillosas obras de arte no serían para mí más que un recuerdo, y que de día en día este mismo recuerdo iría perdiendo su fuerza y vigor, confundiéndose con otros y borrándose por último de mi mente. Un cura predicaba desde el púlpito, ante el altar mayor. Su voz era tan débil que difícilmente se le oía. Una multitud de mujeres, arrodilladas sobre el pavimento, escuchaba la sagrada palabra con la cabeza baja, y las manos cruzadas. El predicador era un viejo de aspecto venerable; hablaba de la muerte, de la vida eterna, de los ángeles, con acento suave, y haciendo con la mano un gesto, como si la tendiera á una persona caída, para decirle:

—¡Levántate!

Yo le hubiera dado la mía, exclamando:

—¡Sí, levántame!

La Catedral de Burgos no es una iglesia triste, como casi todas las de España; me había tran-



después de un buen almuerzo, oye que le dicen con semblante serio, en lugar de cuatro liras:

—¡Ochocientos «reis»!

Los pelos se le ponen de punta.

\*

Antes de anoecer quise ver el sitio donde había nacido el Cid. Si hubiese olvidado dar este paso, me lo hubiera recordado el «cicerone» que me decía á cada paso:

—Restos del Cid; casa del Cid; monumento del Cid.

Un viejo, envuelto majestuosamente en su capa, me dijo con aire de protección:

—«Venga usted conmigo».

Y me hizo trepar por una altura que domina la ciudad, y en cuya cima se ven todavía los restos de un enorme castillo, antigua morada del rey de Castilla.

Antes de llegar al monumento del Cid se encuentra un arco de triunfo, de estilo dórico, sencillo y gracioso, que Felipe II hizo levantar en honor de Fernán González, en el mismo sitio, según se dice, donde se levantaba la casa que fué cuna del famoso capitán.

Algo más lejos se encuentra el monumento del Cid, fabricado en 1874. Es un pilar de piedra colocado sobre un pedestal de albañilería, y rematado en un escudo heráldico, con esta inscripción:

«En este lugar se levantaba la casa donde nació en el año 1026 Rodrigo Díaz de Vivar llamado el «Cid Campeador». Murió en Valencia en 1099, y su cuerpo fué llevado al monasterio de San Pedro de Cardena, junto á esta ciudad».

Mientras leía estas palabras, el «cicerone» me contó una leyenda popular sobre la muerte del héroe.

—Cuando murió el Cid—me dijo con mucha gravedad,—nadie quedó velando su cadáver. Un judío entró en la iglesia, se acercó al féretro, y dijo:—Ahí está el terrible Cid á quien en vida

nadie tuvo el valor de tocar la barba; ahora se la tocaré yo, y quiero ver qué pueda hacerme.—Diciendo esto alargó la mano; pero en aquel mismo instante el cadáver cogió la empuñadura de la espada y el acero salió un palmo de la vaina. El judío lanzó un grito cayendo al suelo horrorizado. Acudieron los frailes, y levantaron al judío, quien, al volver en sí, contó el milagro. Entonces todos se fijaron en el Cid y vieron que todavía tenía la mano en el puño de la espada en ademán amenazador. Dios no quiso que los despojos de aquel gran guerrero fuesen profanados por la mano de un infiel.

Al decir estas palabras y como no notara en mí señal alguna de incredulidad, me condujo á un arco de piedra, que debió ser de alguna puerta de Burgos, y señalándome una estria horizontal que se veía en el muro, á poco más de un metro del suelo, me dijo:

—Esta es la medida de los brazos del Cid cuando era joven, y venía aquí á jugar con sus amigos.

Y tendió los brazos á lo largo de la estria para hacerme ver que no llegaba á la medida. Empeñóse después en que yo hiciera la misma operación, y también mis brazos se quedaron cortos. Miróme con aire de triunfo y emprendimos el camino de la ciudad.

Al llegar á una calle solitaria, paróse ante la puerta de una iglesia y me dijo:

—Esta es la puerta de Santa Gadea, donde el Cid hizo jurar al rey don Alfonso VI, que no había tenido parte en la muerte de su hermano.

Rogúele que me contara toda la historia.

—Se hallaban presentes—añadió,—los preladados, los caballeros y demás personajes del Estado. El Cid puso los Santos Evangelios sobre el altar, el rey tendió la mano, y el caballero dijo:—«Rey don Alfonso, juradme que no os habéis manchado con la sangre del rey don Sancho, mi Señor. Si juráis en falso, ruego á Dios que os haga morir á manos de un vasallo traidor.—El rey, dijo:—«Amén»—pero perdió el color. Y añadió el Cid;